

## ¿Para qué sirve eso?

Todos cuantos hemos dado en la flor de dedicar nuestros ocios al conocimiento de filosofía y de letras, estamos abocados á una misma pregunta que resulta, á la larga, una impertinente pregunta.

Así, en efecto, si en el deshilvanar de una conversación aventuramos nuestra profesión de fe diciendo ingenuamente que estudiamos, ó pretendemos estudiar, letras y filosofía, no falta majadero que pregunte con una sonrisita de asombro conmisericativo:

—¿Con qué filosofía y letras, eh? Y dígame: ¿para qué sirve «eso»?

Una tal interrogante si algo pone al desnudo es, en el común de las gentes, una noción harto vaga del concepto «filosofía» y, por consecuencia, una supina ignorancia con respecto á la naturaleza de las materias que abordamos.

No faltan quienes creen que nos pasamos las horas haciendo malos sonetos ó enfrascados en asuntos de olorcillo teológico—escolásticos, inútiles, abstrusos y anacrónicos. Nos olvidamos de los «fines prácticos» de la vida y es nuestra Facultad, en el sentir de esas gentes, un holgadero de líricos y quijotes.

La juventud estudiosa, ó mejor dicho, la juventud estudiante, ó todavía mejor, los chicos del Nacional, se afilian á esta manera apriorística de juzgar; y así buscan, como remate de su ciclo estudiantil, una carrera que al prestigio honorífico del título universitario, adune condiciones de instrumento eficaz en la lucha por la existencia.

¡Y la pobre filosofía y las menguadas letras, para qué pueden servir?.... ¡Sólo para desmedro de quienes pretenden sacarles un adarme solo de sustancia comestible!...

Sin embargo, es menester que admitamos al majadero preguntón de marras, que no tenemos ni toga ni melena y que no hay en nosotros tufillo de pergamino viejo. Y que acaso no ignoremos lo que sea ciencia y sepamos desposar el avance mental especulativo con los dictados de la investigación empírica.

—Perfectamente; argüirá el preguntón, pero hasta ahora no se me ha dicho para qué sirve «eso».

—Y contestaremos: para nada de provecho si se tiene boto el entendimiento. Que así como un pobre diablo puede resultar un matasanos ó un picapleitos en lugar de un médico á lo Cajal ó un jurista á lo Troplong, si dedicado á filosofía y letras no es mucho que termine en un ente mareado con cuatro latines y víctima de una soberana indigestión de trascendentalismo.

Pero si el chico tiene un poco de claridad mental, nada mejor para convertirla en talento que una disciplina literario-filosófica. Porque es la verdad que el maridaje con los altos problemas antropológicos, sociológicos, éticos y metafísicos, al paso que constituye una magnífica gimnasia mental, conduce á una amplitud de vistas, y á una sutileza de análisis, y á una capacidad de crítica que nunca podrán alcanzar aquellos que se encierran en los estrechos horizontes de las ciencias particulares.

Y por otra parte, en materia literaria, el contacto directo con los pontífices del decir galano y sabroso, educa el paladar y conforta el alma como si blandamente cayera sobre nosotros el Espíritu Santo por el vehículo de la emoción estética. (Habría, sin embargo, que convenir que ésto, no es «útil» porque no se come ni se luce).

Hé aquí en lo que consiste «eso». Preguntar «para qué sirve «eso» es lo mismo que preguntar para qué sirve la cultura y el talento.

Afirmaba el volandero Zamacois,—y no decía cosa nueva,— que un hombre inteligente no se muere de hambre en ningún punto de la tierra. Y aquel que en sus archivos mentales conserve el sustratum de un aprendizaje literario-filosófico, en verdad sea dicho que si vegeta en la vida es porque tiene el espíritu flojo, la voluntad caediza: flor como tantas, de grande, de absorbente corola en menoscabo del tallo.

Tiene, descartando la carrera de la enseñanza, en la cual no se penetra siempre por el camino del mérito, tiene en la política, por ejemplo, todo un mundo que conquistar. Y sino, ¿cuánta falta no hacen en todos los parlamentos del mundo hombres de educación filosófica, porque den en ese frecuente desconcierto de unilaterales y dogmáticos y pasionales, la nota tranquila y opongan al estudio empírico y epidérmico de los problemas, el examen de sus raíces mismas?

Por algo quería Comte poner el mundo en manos de

filósofos positivos, y Spencer se lamentaba, al estudiar las instituciones políticas de su país, de que hubiera tantos abogados y militares en el Congreso.

Pero supongamos que á nuestro candidato no le engolosine la política. Puede tomar, entonces, otros rumbos que mejor rimen con sus condiciones de carácter. Verbi-gracia en el periodismo tiene hartó espacio para poner á vela tendida todas sus adquisiciones literario-filosóficas. Hé aquí una penetración universitaria que daría más orientación científica al periodismo y que, de camino, contribuiría á la higiénica obra de descepar á tanto cachorrejo infatuado y á tantas reputaciones de opereta formadas con la sola aplicación de la vieja fórmula: «*asinus asinum fricat*».

Pero es el caso que á nuestro candidato tampoco le hace gracia el periodismo. Se ha tomado á lo serio lo de filósofo: quiere, así, en lo posible, desasirse de las contingencias fenoménicas; no ser un juguete ciego de los acontecimientos, sino la «caña pensante» que decía Pascal; poner la voluntad por encima del instinto; determinar sus actos con ideas; encarrilar sus sentimientos y pasiones; ser á través de la vida un caminante de andar tranquilo y de paso firme; pasar la borrasca sin conturbarse y la charca sin enlodar la túnica; ser sabio como Epitecto que era más rico, dentro de su pobreza, que todos los potentados, porque era dueño y señor de sus reinos interiores, de esos reinos interiores que son los más grandes y también los más inasequibles á los espíritus bastos, á las almas inferiores.

Así, pues, si los estudios filosóficos no tuvieran otro alcance que éste de formar hombres monarcas de sí mismos, de cierto sea dicho que serían los más «útiles» estudios que podrían seguirse en las Salamancas todas de la tierra.

Carmelo M. BONET.

---